

EL CACIQUE CALARCÁ: ¿EPÓNIMO, HISTORIA O LEYENDA?

Andrés Ospina, 2001

UN HOMBRE, MUCHAS LEYENDAS

La figura de Régulo Calarcá* es bien familiar para la gran mayoría del pueblo quindiano. Gran parte de éste conoce y recita (en versiones corregidas, aumentadas y a veces desconcertantes) las distintas variables de la leyenda del enfrentamiento entre el jefe pijao y el indio Baltasar (antes llamado Combeima), líder del pueblo Coyaima†. El escudo oficial del municipio incluye la efigie del personaje y -justo debajo-, a la izquierda, una pluma (lo que simboliza la tradición poética de la ciudad). Los primeros versos del himno¹ rezan emotivos: “Del cacique temible heredaste, la bravura, el coraje, el valor.” Todavía muchos alumnos del colegio Robledo de la ciudad de Calarcá en los años 30 y 40 recuerdan a los maestros Carlos E. "el negro" y Camilo Restrepo, y a las monjas Sor Matilde Baracaldo y Sor Vicenta Pineda², cuando relataban entusiasmados los pasajes de la *Historia de Colombia* de Jesús María Henao y Gerardo Arrubla, enalteciendo al

* El primer registro del nombre Régulo proviene de la relación de viajes de Agustín Codazzi por la Nueva Granada. Véase Lopera Gutiérrez, Jaime. **La colonización del Quindío**. Bogotá: Banco de la República, 1986. 17

† Para cualquier visitante frecuente, que haya mantenido cierto contacto con las gentes del Quindío, el Cacique Calarcá y su historia deben ser -al menos remotamente- conocidos.

¹ Letra del poeta Eduardo Isaza.

² Varios representantes de esta generación consultados durante el trabajo de campo para la elaboración del presente estudio hicieron mención de al menos uno de estos personajes.

personaje como emblema de una "raza bravía" a la que los quindianos, por derecho propio, debían pertenecer³.

Al tamiz del rigor histórico podemos hablar de un solo cacique Calarcá, del que a ciencia cierta muy poco sabemos. La literatura ha fantaseado con muchos caciques Calarcá, todos ellos respondiendo a alguna intención ideológica o a la simple imaginación popular, como virtual demostración de identidad de un pueblo que en ésta se refleja. Hay, según la cronología, dos grandes ópticas acerca del cacique. La primera está compuesta por el exiguo conjunto de relatos sobre él escritos en tiempos de la conquista. La segunda reúne los textos producidos con posterioridad a la gesta independentista. Unos y otros toman direcciones opuestas. Del lado del Tolima, Calarcá es condenado por su infame salvajismo. Del lado del Quindío es alabado como poderoso guerrero en defensa de su pueblo.

Los cronistas, sin mucha información, o más bien, con poco interés en verificar su veracidad, reinventaron a su propio personaje, acomodándolo a las necesidades de su causa. Otros, con más intenciones apologéticas que históricas, encajaron al pijao dentro de las convenciones culturales de lo que conlleva el hecho de ser una especie de mártir y adalid de la lucha contra la dominación española. La confrontación de las versiones disponibles ha permitido a algunos investigadores aproximarse a un perfil algo más realista acerca de la significación de esta figura para pijaos, mestizos, quindianos, tolimenses y españoles. Muchos harían lo propio al elucubrarla en distintas variables, la mayor parte de ellas compuesta por meros ejercicios de ficción sin pretensiones históricas. Existen, así

³ Véase Henao, Jesús María y Gerardo Arrubla. *Historia de Colombia para la enseñanza secundaria*. Bogotá: Librería colombiana Camacho Roldán y Cía, 1929. 198

mismo, dos corrientes contrarias, fácilmente diferenciables. La primera busca defender la conquista española como causa justa y exponer a Calarcá como un nefando asesino, mientras la segunda intenta vindicar al jefe pijao en calidad de aguerrido defensor de la libertad y posesiones de los nativos.

UN VENGADOR ANTROPÓFAGO: LA JUSTIFICACION RACISTA DEL EXTERMINIO

Ramón Correa nos cuenta sobre el idílico contubernio entre el cacique Combeima y una mujer española, de la posterior conversión de éste al catolicismo (cuando adoptó el nombre Baltasar), de su desigual matrimonio y del nacimiento de su primogénito (a los ojos de Calarcá -hasta entonces su amigo-) prueba física de la traición. Correa continúa:

"Calarcá supo todo esto y se llenó de ira jurando que en ese inocente ejercería su horrible venganza. En una bella tarde de verano, el cacique don Baltasar dirigía un desmonte cerca de un riachuelo. La esposa del indígena fuese en busca del torrente a bañarse con su hijo. Este, al ver a su padre corrió hacia él, pero antes de llegar fue sorprendido por una turba de pijaos que corrieron presurosos a llevar a Calarcá aquella preciosa joya, presa que consistía para él el emblema de su odio implacable. Los padres del infante dieron un grito de espanto. Su alarido hizo llegar una gran multitud de Coyaimas para obedecer a su Jefe. Mas ya era tarde. El niño era propiedad de los pijaos (...) El dolor más intenso se apoderó de la madre y esa noche murió llena de amargura y desesperación (...) Dos días después, al

levantarse del lecho de congoja el padre, halló en la puerta de su casa un mensaje terrible: envueltos en una piel de tigre se veían unos huesos delicados y cortos y una cabecita de preciosa conformación, roída recientemente por las fieras humanas (...) Y allí, con estos restos mortales, una tela ensangrentada en señal de desafío, un arco labrado y un collar de cuentas (...) El bárbaro Calarcá estaba vengado! Entre tanto movía el Virrey de Borja su fuerza contra esta hiena, y don Baltasar ofrecía su alianza al castellano, afilaba su lanza y soñaba con vengar de modo ruidoso la sangre de su hijo. En el combate cerca de Chaparral pereció Calarcá atravesado por la famosa lanza del aliado español don Baltasar, el gran cacique de los Coyaimas." ⁴*

Está claro que en el anterior texto, Calarcá ha sido relegado a la oprobiosa categoría de antagonista, lo que constituye un ejemplo de la deliberada satanización que por cuenta de algunos parcializados compiladores de leyendas, le ha sido propinada al ahora indefenso cacique. Los benignos adjetivos empleados al referirse a Baltasar y su cónyuge lo presentan como un símbolo de fraternización entre los pueblos español y pijao. Si se toma como base tal ética, la conversión del coyaima al catolicismo debería ser justa y necesaria, y cualquiera que osara oponerse a ella estaría actuando en contra de los designios divinos; por tanto merecería morir. La criatura es entonces la cristalización viva de una posible hermandad entre americanos y europeos, inhumanamente destrizada por Calarcá. De forma maniquea, Calarcá y Baltasar son presentados como agresor y agredido respectivamente. Cuando Calarcá -luego de interpretar al bautismo del coyaima

* Juan de Borja era el Presidente de la Real Audiencia, la atribución del título de Virrey es un error.

⁴ Citado por Valencia Zapata, Alfonso. **Quindío histórico, monografía de Armenia**. Armenia: Empresa tipográfica, 1963. 23

como un procedimiento desleal y al pequeño como la materialización antropomórfica de dicha deslealtad- decide tomar la justicia por su cuenta, no estaría defendiendo los valores de su pueblo sino que contravendría todo precepto mental que el sentido común **europeo** tolere.

El caso es que muchos representantes de la aristocracia colombiana, relatores de historias y padres intelectuales de decenas de luminarias de las letras nacionales, se sintieron más a gusto vinculados a las huestes españolas que a las indígenas, por lo que pusieron todo su empeño y dialéctica para desacreditar, póstumamente, al líder pijao, mientras de otro lado se inclinaban a favor de los conquistadores.

¿En dónde se origina este sesgo hispanófilo? En el legado de la cultura del conquistador, una concepción de la nacionalidad como fenómeno imperial, en pro de la anulación de los intereses e identidad de los (por utilizar un término conciliador) colonizados, y a favor de la imposición (de ser necesario violenta) de los intereses y cultura de los conquistadores. Hay así una intención europeizante detrás de todo esto. Como lo dijera Manuel José Forero en una conclusión decididamente más equilibrada:

“Una incomprensible interpretación americana de la Conquista trajo hasta nosotros un concepto magnífico de los capitanes europeos y de cada uno de sus actos tremendos. Y eso precisamente a la hora en que esa misma interpretación abominaba de la defensa indígena, descalificaba su noción de la patria y presentaba disminuidos por la barbarie a quienes

intentaron entonces detener el avance de los invasores de la vieja heredad.”⁵

Algunas reconstrucciones, mitad históricas, mitad mitológicas -entre ellas la publicada por Herminia Gómez en 1907- acusan cierta concepción del indígena, en este caso Baltasar, como representante de una raza inferior, y de la mixtura de razas como una dinámica de purificación de la especie. Hay en las élites republicanas, una atávica convicción, nunca admitida francamente, en donde el mestizaje y la conquista son reivindicables como ejercicio de decantación étnica. Lo que nadie tiene en cuenta es que toda decantación supone un pasado turbio.

"Era el cacique (Baltasar) un hombre de hermosa presencia que á (sic) pesar de su color bronceado y su recia cabellera, constituía un bello tipo americano. (...) Entretanto D. Baltasar era el más dichoso de los Jefes indios, y el Cielo puso el colmo á su felicidad con el nacimiento de un hijo de una belleza que jamás pudo soñar el cobrizo americano. Tenía las facciones correctas y atractivas de su padre, pero con los ojos azules, una blancura inmaculada y unos cabellos rubios que enloquecieron al cacique (..) el niño era en verdad una maravilla de belleza, notable hasta entre los mismos españoles; la madre al verlo pensaba conmovida en el niño incomparable de Belén, y D. Baltasar al tenerlo entre sus toscos y morenos brazos temía que

⁵ Forero, Manuel José. "Los pijaos en la conquista española". **Boletín de historia y antigüedades**. 414-416.36 (1949): 332-339.

*se deshiciera aquella piel de raso con sus coloraciones de conchas marinas."*⁶ (resaltado nuestro).

Herminia Gómez no hace muchos esfuerzos por ocultar su proclividad estética hacia el fenotipo europeo. Es sólo mediante la fusión con la raza hispana que el aborígen puede lograr tan acendrado y depurativo grado en su prole, y es por causa del ebúrneo ingrediente español que la prole híbrida de Baltasar alcanza a ser definida como bella, "a pesar" de su tono cobrizo. Implícito surge en el relato, un deseo de justificarse a sí mismo a favor de los conquistadores, tal vez con la intención de "blanquearse la piel."

Calarcá es, en consecuencia, un enemigo de la "fraternal" conjugación de los caracteres indígena y español, circunstancia que el relato degrada a la categoría de impulso irracional y enfermizo. La religiosidad católica aparece de soslayo. El infanticidio equivale a la aniquilación de "el niño incomparable de Belén.", Calarcá es un exterminador del noble pequeñuelo, clara referencia analógica a Judas. El que se hable de la complexión corpórea del pequeño mestizo como una estructura, preciosa y frágil, acentúa aún más la visión del cacique como un "bárbaro vengativo", al que se llega a comparar con una hiena, símbolo de muerte y crueldad en algunas culturas.

De este suceso en adelante la guerra y el exterminio de los pijaos y su presunto líder, aparecen respaldados como causas defensables, y la lucha española queda legitimada como ablución humana de grandeza guiadora. Cuando Baltasar

⁶ Gómez Jaime de Abadía, Herminia. **Leyendas y notas históricas**. Bogotá: Imprenta Nacional, 1907. 116-117

se pone del lado de Borja en su lucha contra los pijaos, todo impulso de aniquilación está respaldado por el "justo" motor de la defensa personal, y aún más, de la salvaguarda de los intereses del todopoderoso, que, para el caso, vienen a ser los mismos de la iglesia.

La lanza, como herramienta de combate, es un elemento cuya simbología ha estado ligada a la constante lucha entre el bien y el mal, enmarcada dentro de la doctrina católica. Prueba de ello es la recurrente utilización de la figura del arcángel Miguel sometiendo al gran dragón por este medio. El Nuevo Testamento hace mención del guerrero angélico expulsando a Satanás del cielo:

"Hubo una batalla en el cielo: Miguel y sus ángeles peleaban con el dragón, y peleó el dragón y sus ángeles y no pudieron triunfar ni fue hallado su lugar en el cielo. Fue arrojado el dragón grande, la antigua serpiente, llamada Diablo y Satanás, que extravía a toda la redondez de la tierra, y fue, precipitado en la tierra, y sus ángeles fueron con él precipitados. Oí una gran voz en el cielo que decía: Ahora llega la salvación, el poder, el reino de nuestro Dios, y la autoridad de su Cristo..." (Apocalipsis 12:7-10).⁷

⁷ **Sagrada Biblia.** Traducción de Eloíno Nacar Fuster y Alberto Colunga. Madrid: Biblioteca de autores cristianos, 1955.

La narración nunca afirma que el instrumento empleado para el destierro del demonio fuese en efecto una lanza. Pero la mitología católica ha acuñado al arma como icono frecuente. Pictogramas y esculturas nos muestran al impoluto arcángel punzando al reptil con la vara justiciera. Por lo general se añade una cruz al extremo romo, convirtiéndola en una especie de utensilio divino. Otro de los artefactos incluidos en la indumentaria del arcángel es una balanza, emblema milenario de la ecuanimidad. Así pues, el momento en que Baltasar deja de oponer resistencia y abraza el catolicismo, renunciando a la religión de sus antepasados, puede definirse -desde la óptica católica y española de entonces-, como una



EL ARCÁNGEL MIGUEL tal como se le representa hundiendo su lanza en el dragón
Parroquia de San Miguel Arcángel,
Rosario, Argentina

salvación de su alma que -por añadidura-, se acomoda perfectamente a los intereses políticos, económicos y religiosos de los conquistadores. Tan justo y correcto resulta el homicidio perpetrado por Baltasar que a la anterior leyenda se añade una más en la que se afirma que la tan mentada lanza reposa en el arco toral de la Iglesia de Ibagué, otra manifestación de la intención conciliatoria entre el trinomio iglesia-España-indígena, y del deseo de la inmortalización de Baltasar como héroe de la conquista. Aún en el siglo XIX persistía el temor a una toma indígena de la ciudad en pleno proceso de “civilización”. En el

libro *Devocionario de Ibagué*, publicado en 1813 en la imprenta de Antonio Carabiña*, aparece el siguiente canto en honor a la grandeza del instrumento:

* No fue posible tener acceso directo a la publicación original del poema. Los versos aquí reproducidos son el resultado de la unión de varios fragmentos reseñados más adelante.

*"Esta es la lanza que fue
del señor don Baltasar,
que por ser tan singular,
la adora toda Ibagué." (epígrafe)*

*"Oh lanza a quien Baltasar
manejó con gran destreza,
y se puso por grandeza
en la iglesia del lugar.
para así recompensar
tus méritos señalados.
Lanza, no caigas al suelo
porque vuelven los pijados (sic)"*

*Era tanta la pujanza
del dicho don Baltasar*,
que dicen llegó a ensartar
ciento cincuenta, en ti, lanza;
por consiguiente si avanza,
quedan todos ensartados.
Lanza no caigas al suelo,
porque vuelven los pijados⁸.*

* Alfonso Valencia Zapata atribuye la autoría de este segmento al poeta español Juan de Castellanos. Ninguna otra fuente bibliográfica consultada coincide con él. Nos parece que el tono no es en modo alguno semejante al de Castellanos.

⁸ Citado por Carranza, Alejandro. **San Dionisio de los caballeros de Tocaima**. Bogotá: Editorial ABC, 1941. 133

*Dicen que en Zipaquirá
se encuentra tu compañera,
pero no es tan milagrera
como tú lo eres acá,
porque es la de Calarcá*

capitán de los alzados. (...)

*Gloríate pues Ibagué,
poseyendo tal tesoro,
y no le temas al moro
ni tampoco a Santafé;
pues claramente se ve
que eres tú de los llamados.
Lanza no caigas al suelo
porque vuelven los pijaos."*⁹



DETALLE DE LA LANZA
PRESERVADA EN EL
PALACIO EPISCOPAL
DE IBAGUÉ
*Tomado de: Ibagué, ciudad
Histórica*

Entonces, no hay nada que reprocharle a Baltasar, sino, más bien, mucho de meritorio en ensartar a centenares de paganos "en su lanza." Es la lanza la que "civiliza" al indígena y hace a sus ciento cincuenta homicidios un panegírico. No en vano la lanza es dentro de la orden de caballería¹⁰ símbolo de verdad y rectitud. La lanza de Calarcá, capitán de los alzados, "no es tan milagrera", por el llano hecho de ser propiedad de un pijao, oponente acérrimo de los conquistadores, y por extensión de un "moro", omnipresente enemigo del caballero medieval. Como muchas otras disgresiones en las que por años se ha

⁹ Citado por Valencia Zapata, Alfonso. **Quindío histórico, monografía de Armenia**. Armenia: Empresa tipográfica, 1963. 26

¹⁰ Véase Lulio, Raimundo. **Libro del orden de caballería**. Buenos Aires: Espasa Calpe, 1949. 66

incurrido en nombre de la religiosidad, es difícil comprender cómo, aún en el día de hoy, se continúe loando el heroísmo de un proceso en donde tantas vidas fueran sacrificadas. De hecho parte del poema está grabada en piedra y sí hay una antigua lanza (que se supone es la de Baltasar) en el Salón del Trono del Palacio Episcopal de Ibagué¹¹. Algunos tolimeses han procurado conservar el mito hasta el día de hoy, aunque ya hace tiempo se ha demostrado el endeble soporte histórico del relato. Quizá aun prevalece letárgica en nuestro subconsciente colectivo la relación causal entre la violencia, el subdesarrollo y el acervo Pijao.

La oralidad sirvió de caldo de cultivo a una variación de la leyenda del enfrentamiento entre Baltasar y Calarcá. Cuentan las historias que viéndose atravesado por el coyaima, Calarcá continuó hundiendo la lanza en su pecho para así alcanzar el cuello de su enemigo y estrangularlo. Más imaginativas y dramáticas son los relatos en donde el agonizante Calarcá extrae la lanza de su torso y ya exhausto la ensarta en el cuerpo del asesino.

¿FUE UN HÉROE?

Consideración aparte merecen las crónicas apologéticas. Algunos relatores –y en particular poetas– halagan el heroísmo, la tenacidad y hasta la contextura física del pijao, equiparándola al paisaje y a representativos seres de la fauna y flora americanas, con lo que hacen gala de cierto romanticismo indigenista. Contrario a lo que ocurre con los textos arriba citados, las cualidades más reconocidas en Calarcá son su temperamento guerrero, su color moreno, y su cuerpo como un producto del agreste entorno natural. Algún autor anónimo lo imaginaba así.

¹¹ Véase Cuartas Coymat, Álvaro. *Ibagué, ciudad histórica*. Ibagué: Pijao Editores, 1994. 52-55

"...en Peñas-blancas"
vieron las tribus del guerrero indiano
la silueta feraz por arrebol
teñida y con la guerra alucinando,
mirando en el confín contrarias brechas,
templar el arco y ensayar sus flechas
en el rojizo piélagos del sol (...)
Tenía el cacique la mirada firme,
sombreada por negrísimas pestañas
largos los brazos cual nudosas cañas,
la tez morena y la expresión jovial:
una piel de león su pampanilla,
tatuajes en el pecho que el sol quema,
plumas de guacamaya por diadema
*y del guerrero la expresión marcial."*¹²

Dicho sea de paso, los riscos de Peñas Blancas, en la ciudad de Calarcá atrajeron a centenares de guaqueros en busca del tesoro escondido, según la tradición oral, por la cacica Guaicamarintia, heredera de Calarcá, en la inhóspita zona montañosa.

Al cotejar los conceptos de Herminia Gómez acerca de la fisonomía indígena con los emitidos por Luis Arango Cardona, se evidencian posturas contrarias. Mientras Gómez defiende al mestizaje como posibilidad eugenésica, Arango Cardona, dignatario de los títulos de guaquero y colono, encontraría en

¹² Citado por Uribe Mejía, Gonzalo. **Crónicas de Luis Yagarí**. Manizales: Biblioteca de autores caldenses, 1974. 192

Calarcá a un maravilloso hombre, respetable antecesor de los fundadores (aunque lo más destacable de su belleza sea aquello en lo que precisamente se diferencia del indígena corriente).

“Opinan algunos cronistas que el rey Calarcá era de estatura regular y bien proporcionada, hombros anchos, cuello corto, cabeza redonda, el pelo de ésta y la barba negro y sedoso; frente espaciosa, boca pequeña, labios delgados, cara afilada, tez color pergamino, orejas bien hechas, oído fino, nariz que tendía a ser aguileña, ojos negros y grandes, mirada desconfiada y penetrante, como el ojo del águila andina; fisonomía simpática, conversación agradable y muy prudente; de



LUIS ARANGO CARDONA

movimientos ligeros y muy activo en el cumplimiento del deber; de espíritu guerrero y tratándose de defender la patria, no se consideraba ni él mismo. Muy aseado en su persona y vestía bien. Vestido con uniforme militar y los brazos cruzados, tenía un parecido al tipo griego. ¿Murió joven y adonde? ¿En qué punto

lo enterraron? El Rey Calarcá es el verdadero cóndor andino humano colombiano.”¹³

Tal vez por su intenso apego a la tierra, tal vez por haber resultado favorecido por el crematístico patrimonio indígena, Arango Cardona estaba más cerca de la causa indígena que de la española, y así lo declaró su obra. Aunque incurre en los consabidos juicios estéticos eurocentristas, Arango Cardona fue tal vez el primer escritor capaz de imaginar un Calarcá distinto al combatiente salvaje e impío, un obstinado defensor de su raza, fe y costumbres. ¿Existieron en verdad las crónicas en las que Arango dice basarse para tan singular descripción?

Calarcá no sería entonces, la “atrocidad” humana que los cronistas históricos pergeñaban, sino un inamovible guerrero en favor de su gente. Sólo de algo podemos estar seguros, y es de que este es el primer atisbo de consubstanciación entre el hombre del Quindío y su entorno. El cacique es fuerte al igual que su tierra. Su piel es oscura y su nariz aguileña en paralelo al pico del cóndor nativo que, con libertad absoluta, sobrevuela su región. Con respecto a la estética corporal del pijao, la quindiana Teresa Arango Bueno decía: “*Según informes de los cronistas, los pijaos se distinguieron por la perfecta conformación de sus cuerpos atléticos y por la extraordinaria agilidad y elegancia de sus movimientos. El rostro era notablemente conformado, con ojos brillantes y nariz curva*”¹⁴ Se demuestran una vez más, las contradictorias concepciones acerca de cuán bello o desagradable podría llegar a ser el indígena de acuerdo con la óptica y afectos de sus observadores.

¹³ Arango Cardona, Luis. **Recuerdos de la guaquería en el Quindío**. Bogotá: Editorial Cromos, Tamayo & Cía, 1924. 78

¹⁴ Arango Bueno, Teresa. **Precolombia**. Bogotá: Editorial Minerva. 1963. 77

LO QUE DICE LA HISTORIA

Aunque la veracidad de las historias sobre el homínido condumio, la venganza de Baltasar y la existencia del instrumento del homicidio es, en vista de su descomunal tono épico, bastante discutible, todas ellas han sido relatadas y

aceptadas con largueza por renombradas autoridades de la pedagogía colombiana, entre ellos los señores Henao y Arrubla, autores del texto escolar sobre historia más divulgado entre los 20 y 40 del siglo XX



EL CACIQUE CALARCÁ, SEGÚN LA
IMAGINACIÓN DEL ILUSTRADOR
DEL TEXTO ESCOLAR
PRECOLOMBIA

Hay ideas encontradas. La crónica de primera mano proviene del Capitán Diego de Ospina a quien, además de la ventaja comparativa de ser el único relator que declara haber tenido contacto personal con el cacique, le corresponde el dudoso honor de haberlo despojado de la vida. Lo que Ospina escribe tiene la pretensión de divulgar sus adelantos

como delegado del ejército conquistador en tierras americanas, por lo que no sería lógico suponer que se omitiera allí ningún detalle acerca de la importancia de Calarcá.

“...Juan de Borja (...) fue a la provincia de los indios pijaos que infestaban los caminos que van a las del Peru i salian ellos a saltiar, robar i cometer muerte (...) metiendo bastimentos busco a los enemigos de noche i de dia i los destruo corriéndoles las tierras cultas, talandoles los sembrados i estando en el fuerte

llegaron a el el cacique Calarca, indio muy belicoso i guerrero con mucho indio que iban a matar a Don Diego de Ospina el qual teniendo noticia de ello i hallandose descuidado de este suceso i con solo treinta hombres salio del dicho fuerte i con una pistola mato al dicho cacique i el i sus soldados a muchos otros indios i prendieron vivos a otros i de los que murieron se pusieron las cavezas en la cerca del dicho fuerte con que los demas se redujeron en todo punto dando la obediencia con lo cual en los manifestos peligros en que se puso todo de su magno valor i esfuerzo i que aviendo quemado los indios pijaos la ciudad de Ibague Don Juan de Borja se encargo de redificacion la cual hizo a su costa...”¹⁵

Sus palabras aparecen despojadas del autoelogio, por lo que comienza a marcarse cierta diferencia con los relatos pro-hispánicos posteriores, demasiado empeñados en la exacerbación de la valentía ibérica. El informe transluce las justas proporciones de la importancia jerárquica del cacique, pues no lo menciona como el principal guerrero, sino más bien como un líder prominente.

Los documentos de la Comisión Corográfica y los testimonios de los fundadores de la ciudad de Calarcá, por su parte, apuntan hacia una muerte natural.¹⁶ Esto, según el investigador Jaime Lopera Gutiérrez no parece muy cercano a la realidad, pues a un guerrero de sus condiciones no debe haberle

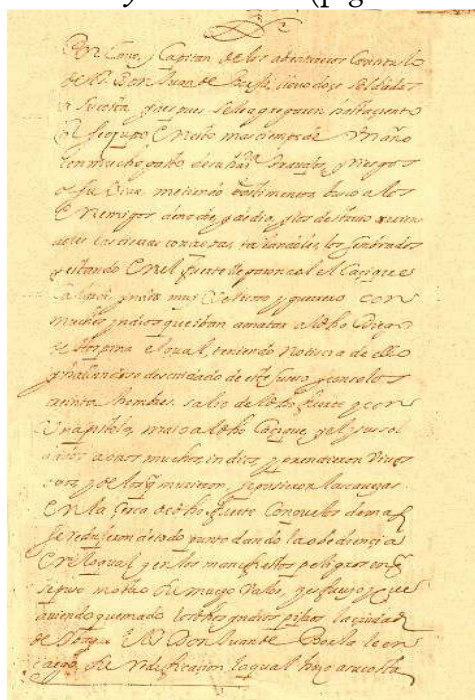
¹⁵ **Archivo general de la nación.** Miscelánea, 73, Folio 190. Certificación de Diego de Ospina Maldonado, sobre servicios prestados al rey por él y por su familia. 1650.

¹⁶ Puede consultarse una discusión definitiva sobre la verdadera historia del Cacique Calarcá en Lopera Gutiérrez Jaime, **La colonización del Quindío**. Bogotá: Banco de la República, 1986. 45 -50

correspondido un epílogo tan pacífico¹⁷. El relato de Fray Pedro Simón nos cuenta en pocas líneas el fin de los días del cacique. Según su versión, Calarcá, "que traía el rostro rayado con listas de betún colorado y amarillo" (pigmentación chamánica, por demás) consigue infiltrarse en el fuerte español y se adentra en el rancho del Capitán Diego de Ospina, que luego de verse amenazado es socorrido por un esclavo negro.

"...que, habiendo sabido que tenían en aquella apretura los dos indios a su amo, llevando en las manos, con que se halló, una sola flecha sin arco, se arrojó por entre los dos

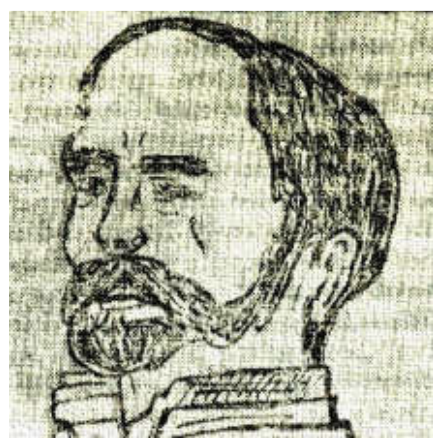
a ponerse entre ellos y el gobernador; que no pudo conseguir, pues el Calarcá, viendo cerca de sí al moreno y que iba a socorrer al gobernador, le dio tal empuellón que le hizo volver algunos pasos atrás, y acudiéndole el Coyara con una lanzada, le pasó el brazo derecho sobre la muñeca; que sirvió todo este entretenimiento de los indios y el negro para que entre tanto cebase el gobernador la pistola, que disparándola al tiempo que iban a recoger las lanzas otra vez para tirarle le dio a Calarcá en



FACSIMIL DEL INFORME DEL CAPITÁN DIEGO DE OSPINA Y MALDONADO
Archivo General de la Nación

¹⁷ Véase Lopera Gutiérrez, Jaime. **Mito y realidad de un pueblo**. Bogotá: Ediciones Tecnigraf, 1971. 7-9

*los pechos con cuatro postas hechas de una bala, engrasadas con tocino, como las acostumbraba a traer de ordinario, por ser de muerte las heridas, y dándole (también) con todo el fuego en la cara al indio, cayó en tierra y desatinado. A gatas ayudándole el Coyara, se fue saliendo la puerta afuera del rancho y desde allí del palenque con ayuda que tuvo de los demás indios, sin sentido español ninguno que se lo estorbase e ir todavía con algunos alientos, no habiendo sido penetrantes las heridas por ser el tiro desde tan cerca; si bien, a los cinco días de camino volviéndose a sus tierras, murió de ellas."*¹⁸



EL CAPITÁN DIEGO DE OSPINA Y MALDONADO

Tomado de: Purificación esta es tu historia, Jorge Aragón Rivera.

No es fácil hacer un justo deslinde entre la ficción y la realidad en el relato de Simón. Calarcá ataca por sorpresa al desprevenido capitán Ospina, acto inadmisible dentro de la ética caballeresca, en un despliegue de barbaridad “analfabeta”. Así Ospina queda facultado para aniquilar al salvaje e incivilizado. De ser una creación ficticia, la presencia del esclavo negro estaría generando un clima de complicidad entre el conquistador español y su subalterno, motivado por el ataque del enemigo común, una suerte de conciliación entre la corona española y sus esclavos.

¹⁸ Simón, Fray Pedro. **Noticias históricas de las conquistas de tierra firme en las indias occidentales**. Tomo VI. Bogotá: Banco Popular, 1981. 412

La historia llega con todo su peso a la hora de demostrar que nunca hubo tal camaradería. En su libro *Barbarie y canibalismo en la retórica colonial*, Álvaro Félix Bolaños analiza el intratexto de las *Noticias Historiales*. Su hipótesis señala a Simón como un defensor a ultranza de las luchas españolas por la conquista del territorio pijao y denuncia "la selección y organización de la información histórica adquirida y su explicación de acuerdo con sus intereses, su ideología y sus prejuicios."¹⁹

Por un lado, se ve como, el que Simón encuentre ciertas cualidades valorables en el cacique, es de alguna manera un intento por magnificar la valentía, la fortaleza y la hombría de los guerreros españoles, en este caso del capitán Diego de Ospina, que al fin de cuentas, contra todos estos obstáculos, termina aniquilándolo. Existen ciertas semejanzas entre la estructura de los relatos de caballerías, tan en boga entonces, y el combate y muerte del indio Calarcá, lo que puede conectarse con las consideraciones anteriores acerca de la lanza y el ataque súbito a Ospina. Calarcá constituye desde la perspectiva de Simón, una representación de la barbarie e irracionalidad indígenas al resistirse a la imposición cultural del "cristianismo" y sus valores extranjerizantes. La ambigüedad entre los términos poco decorosos y los halagos espontáneos, con los que intermitentemente se refiere Simón al coraje y salvajismo del cacique, no son otra cosa que un intento de equilibrar las fuerzas. Después de todo el ideal caballeresco sólo puede cumplirse a plenitud en la medida en que los contendores gocen de cierta igualdad. Acogiéndonos a los hechos, no había igualdad alguna. Sólo hay una forma de exterminar al cacique y es mediante las balas, cosa que, una vez más demuestra las diferencias entre el americano indómito y el invasor contumaz. Las

¹⁹ Bolaños, Álvaro Félix. *Barbarie y canibalismo en la retórica colonial: los indios pijaos de Fray Pedro Simón*. Bogotá: CEREC, 1994. 107

armas de fuego eran entonces una conquista exclusiva del europeo; el cacique, a su turno, sólo contaba con su rústica dotación bélica como única aliada al momento del combate.

En 1962, se publicó la que hasta hoy parece ser la teoría más aproximada a la realidad. Basado en los documentos del Siglo XVII firmados por Fray Pedro Simón y por la relación escrita de servicios del capitán Diego de Ospina, el historiador Manuel Lucena Salmoral concluye:

*"Es pues evidente que Calarcá no murió en una gran batalla, sino en una simple escaramuza, de las muchas que durante la guerra hubo, y que no falleció a consecuencia de un lanzazo de don Baltasar, sino de un tiro de pistola del capitán Diego de Ospina. Es igualmente claro que Ospina, el guerrero español que también conocía a los Pijaos, no consideraba a Calarcá el caudillo absoluto de los rebeldes, pues le habría faltado tiempo para hacer constar este hecho en el momento en que hacía recuento de sus mejores servicios al rey. En cuanto a las dos leyendas citadas, la del asesinato del hijo de don Baltasar y la de la lanza del mismo caudillo que se encuentra en Ibagué, nada sabemos. Es posible que sea la lanza del jefe Coyaima, pero es posible también que no lo sea. Lo indudable es que con ella no se dio muerte a Calarcá."*²⁰

²⁰ Lucena Salmoral, Manuel. "Calarcá no murió a manos de Baltasar". **Boletín cultural y bibliográfico**. 10.5 (1962): 1265-1269.

CALARCÁ COMO PADRE DE UN PUEBLO

Si algunos encontraron en las figuras de Baltasar y Diego de Ospina a dos grandes héroes y en Calarcá a un macabro asesino, otros hicieron exactamente lo contrario. En *Hombres Trasplantados* (1943), historia novelada de la colonización del Quindío cuyo título resume la condición de los primeros colonos, el calarqueño Jaime Buitrago pone estas palabras en los labios de Zabulón Noreña, otra figura heroica en la lucha por la tenencia de la tierra en tiempos de pleitos:

*"Por los lados de estas cumbres vivió el cacique Calarcá con sus compañeros de raza, los pijaos. Los españoles quisieron esclavizarlos pero no lograron conseguirlo en 40 años de tenaces luchas. Si nosotros, que somos alma y espíritu de la gleba, nos dejáramos subyugar por los poderosos, estoy seguro que se removerían con rabia las cenizas de aquel valiente cacique, a cuyo recuerdo se estremecen estas montañas."*²¹

Calarcá fue para ellos el gran dechado a emular a la hora de enfrentarse a los que tratasen de usurpar sus tierras. El pueblo raso, por causa de la opresión y marginalidad de las que ha sido víctima consuetudinaria, tiene necesariamente que sentirse más afecto a las condiciones de un Calarcá que de un Diego de Ospina o de un Baltasar. Dentro de la lógica del colono campesino, la tierra comenzaba a pertenecerle porque era él quien la amaba y cultivaba. El invasor oportunista era, a sus ojos, un amigo de la fortuna fácil, muchas veces apoyado por pretextos religiosos o legales, cuando su única intención era la de sacar rápido provecho de una tierra que sin ningún miramiento arrebató al inocente. Mientras los colonos,

²¹ Buitrago, Jaime. **Hombres trasplantados**. Manizales: Imprenta Departamental, 1943. 168

tal como en un pasaje posterior se considerará, salían victoriosos en su lucha por la tierra, el cacique moriría en medio de esta, añadiendo a su figura un halo mitificante de paladín sacrificado.

El nombre Calarcá no es, desde este ángulo, sinónimo de canibalismo, barbarie y crueldad. Esto puede comprobarse a partir de los muchos relatos que por vía oral han sido transmitidos a muchos párvulos quindianos con fines acaso educativos. Se rescatan los valores de amor y lucha por la conservación de la cultura y costumbres propias. Sin chovinismos, se advierten los peligros de la codicia, ejemplificada en los españoles, sedientos de oro y poder. Se recuerda la importancia de la fortaleza y la persistencia. Euclides Jaramillo Arango, educador y escritor, echa mano de la tradición oral para exponer las desventajas de la ambición desmedida. En *El tesoro de peñas blancas* (1989) se cuenta de Eduardo, un niño que conoce bien, gracias a los buenos oficios de su maestra, la historia del tesoro del cacique Calarcá, oculto en la adusta orografía del Quindío. Su deseo es el de llegar al escondite, tomar las joyas y llevárselas a sus padres. Su amigo, Tío grillo (versión criolla del entrañable Pepe Grillo) intenta disuadirlo del ingenuo proyecto, pero ante su insistencia decide llevarlo, previa advertencia de que, una vez conozca el tesoro, este no le inspirará ambición alguna. *“Tío Grillo se sorprendió un poco. Sabía ir a la gran peña y conocía la magia para entrar a la cueva. Pero no ignoraba lo imposible de poseer esa riqueza porque la leyenda, con verdad, decía que todo aquel que se acercara a ella con deseos de poseerla, caería repentinamente en una total indiferencia y en una falta absoluta de ambición”* Precisamente eso es lo que pasa. Una vez dentro de la cueva el oro no les provoca codicia alguna y los dos aventureros toman *“el camino de regreso por en medio de*

las tierras de La Virginia. El niño agradecía la lección de que para ser feliz no hay necesidad de ambicionar y poseer riquezas materiales.”²²

Jesús Arango Cano, con intenciones semejantes a las de su padre, que comparaba a Calarcá con el cóndor, rescata de la oralidad una leyenda importante. Es la historia del cacique Tolimaca (1971) obvio alter-ego de Calarcá- al que, no obstante lo desnaturalizado de su proceder, se le reconoce el valor de conservar la riqueza de su pueblo por encima de cualquier óbice. Vislumbrando la posibilidad de una próxima derrota, Tolimaca decide esconder sus tesoros. Para tal efecto convoca a un grupo numeroso de súbditos y al hechicero Buriló y les encarga la tarea de transportar las pesadas joyas hasta una caverna secreta. En el viaje de vuelta, ansioso por preservar el secreto, Tolimaca tiende una emboscada al grupo de cargueros, de la que por suerte escapa el chamán. Luego de cuatro días de combates, Tolimaca perece *“tras un lance con otro cacique enemigo, que lo había traicionado y se había puesto de parte de los hispanos.”* Como único sobreviviente, Buriló registra en una piedra la existencia del tesoro pijao y luego, por accidente, muere. Lo interesante de la historia es el obstinado arrojo emanado por las palabras del cacique al comunicar la decisión de esconder su tesoro.

“Ustedes ya saben que los conquistadores blancos han dominado nuestras tribus vecinas y que ahora se preparan para atacarnos. Pero nosotros ya estamos listos para recibirlos con las armas en las manos. No habrá cuartel para ellos, ni lo pedimos para nosotros. La guerra será total y hasta la muerte. Mueren ellos o morimos nosotros, no hay alternativa. Si la suerte nos es adversa,

²² Jaramillo Arango, Euclides. **Mitos y relatos del Quindío**. Armenia: Fondo cultural cafetero, 1989. 126-129

todo de nuestra parte está previsto para desaparecer de la faz de la tierra, por que todos debemos sacrificarnos, nadie quedará vivo para soportar la afrenta de la derrota y una esclavitud humillante para un pijao, que ha sido siempre libre como el cóndor."²³

Contradictorio es que en otros pasajes Arango Cano haya querido adular el mestizaje y la renunciación a su raza cuando, haciendo alusión al hijo mestizo de Baltasar recalca su intención de "*ni siquiera atreverse a tocarlo, para no mancharlo con su tez morena*".²⁴ Como sea, la imagen del heroico Calarcá es uno de los símbolos que se han adherido a la memoria del quindiano, hasta tal grado que todavía muchos apelan a su grandeza como razón de la pujanza y temple del hombre nacido en la región, a contrapelo del escaso influjo genético del indígena en el actual hombre quindiano.

Algunos miembros de la izquierda militante han escogido el remoquete de "Calarcá" para sus actividades públicas. Recordamos el caso del Frente Guerrillero "Cacique Calarcá" del ELN, y el de Marcos "Calarcá", vocero internacional de las FARC. En la novela *Sin remedio*, Antonio Caballero moteja a un revolucionario de los años 70 con el nombre del indígena pijao²⁵. Así como Bogotá ha perpetuado la memoria de sus legendarios antepasados con urbanizaciones como La Gaitana, Bachue o Bochica, en Ibagué es bien conocido el barrio "Calarcá". El caricaturista de la publicación periódica *Voz*, órgano de divulgación del Partido Comunista

²³ Arango Cano, Jesús. "El secreto del tesoro pijao". En: **Cuentos y anécdotas de mi tierra**. Manizales: Editorial V y co., 1971. 26

²⁴ Citado por Bolaños, Álvaro Félix. **Barbarie y canibalismo en la retórica colonial: los indios Pijaos de Fray Pedro Simón**. Bogotá: CEREC, 1994.35

²⁵ Véase Caballero, Antonio. **Sin remedio**. Bogotá: Seix Barral, 1996. 290

colombiano, solía firmar con el remoque de “Calarcá.” Hasta bien entrados los años 50, y a causa de la escogencia del rostro del supuesto retrato del héroe



LA FAMOSA MONEDA DEL CACIQUE
CALARCÁ EN LOS 50 Y 60

labrado en las pequeñas monedas de 10 centavos, el perfil de este misterioso personaje se alojó en

los bolsillos de todos los colombianos.

Para cualquier aficionado al fútbol resulta común la figura del "cacique

Calarcá", Jorge Bermúdez, zaguero

central calarqueño que en la actualidad

también “defiende” los colores del

club balompédico argentino Boca

Juniors. En la ciudad de Calarcá es famoso

el nombre de la cooperativa de

motoristas "El cacique" y del Balneario

“Karlaká”, en cercanías de la vereda “La

Bella”. Un grupo de teatro con sede en el barrio "La Candelaria" de Bogotá, ha

escogido la sigla TECAL (teatro Calarcá) como su nombre. Hubo una banda de

rock en los ochentas a la que se llamó "El Calarcá." Y, lo más extraño de todo, en

el departamento del Tolima se han creado indistintamente las órdenes

condecorativas "cacique Calarcá" y "Diego de Ospina." El cómic “Calarcá” en *El*

Espectador de los 70, era de sobra conocida por cantidad de aficionados al género.

Cómico o no, merece atención el que ambos nombres se confundan dentro de una mismo homenaje institucional. Y es que esto no es otra cosa que la demostración de que nuestra lectura del pasado está notablemente viciada por el éxito español en las luchas por la conquista. La cultura imperial del conquistador trae consigo la certeza de la inevitabilidad de la supresión de la identidad e

intereses de los colonizados, certeza heredada por las élites, que, tal vez sin notarlo, buscan suavizar la enconosa rivalidad entre dos íconos evidentemente antagónicos como Calarcá y Ospina. Aunque el pueblo pijao ha desaparecido por completo del Tolima, sí podemos hablar de una población marginada, más susceptible de identificarse con un Calarcá que con un Ospina, en palabras de Álvaro Félix Bolaños "*una muy amplia población campesina que por razones de su cercanía a la tierra, la naturaleza y las culturas rurales está más cerca del predicamento indígena (ayer y hoy) que de los intereses y perspectivas de la población urbana*"²⁶. Ese forzada hermanación de Calarcá y Ospina resulta culturalmente riesgosa, pues en el fondo termina siendo una cortina de humo tras la que se esconde la vanalización de un conflicto atávico, perpetuado hoy en las diferencias entre élites y campesinado. Con lo anterior sólo estamos ejemplificando la conciencia presente en la mente del quindiano y el colombiano de un pseudoancestro como modelo de identificación de los valores vernáculos, pseudoancestro cuya identidad real no resulta muy clara.

De cualquier manera, es un hecho que el recuerdo del opulento cacique y sus presuntos tesoros enterrados en algún lugar han signado a la mente del quindiano, como imaginario de una disposición a la rebeldía y la lucha por causas justas, y de un anhelo vehemente por la defensa de lo autóctono.

No hemos tratado de develar la historia verdadera del cacique Calarcá. En ese sentido ya existen serias investigaciones que con el correr de las páginas se han venido mencionando. Se ha intentado sacar a flote algunos apartes de la *petit histoire*, detrás de la borrosa figura del personaje.

²⁶ En comentarios escritos al autor el día 24 de Enero de 2001

¿Qué podemos decir? Nos queda, según la imaginación histórica, el testimonio de un valiente guerrero indio muerto en combate. Nos queda una figura, por algunos injustamente criminalizada, pues en su ineluctable parcialización ideológica a muchos les costó racionalizar la rebeldía del pijao como algo posiblemente justo. Nos queda la fe en un tesoro escondido en alguna parte del Quindío y la historia de un proceso fundacional, en parte alimentado por ésta. Nos quedan, en suma, infinidad de crónicas diferentes, con un único dictamen común: que el cacique Calarcá fue un hombre capaz de llevar la lucha por su pueblo hasta sus últimas consecuencias, o más bien, hasta su muerte, que es la última de cuantas consecuencias puede haber.